

Realismo capitalista y hegemonía neoliberal: un diálogo entre Mark Fisher y Jeremy Gilbert*

Resumen: Este es un diálogo mantenido por correo electrónico entre Mark Fisher, autor del ensayo ampliamente leído *Realismo capitalista: ¿no hay alternativa?* y Jeremy Gilbert, editor de *New Formations*. La discusión aborda cuestiones planteadas por el libro de Fisher, algunos de los trabajos de Gilbert como teórico y analista, comentarios políticos en los que cada uno ha participado (en la red o en prensa), así como la reciente prevalencia de ciertas identificaciones con las ideas y los métodos anarquistas entre activistas y comentaristas cuyos puntos de referencia intelectuales y políticos son, por lo demás, muy cercanos a los de Fisher y Gilbert. La conversación analiza además el concepto de "realismo capitalista" como una forma de entender la ideología y la hegemonía neoliberales; el papel de la burocracia en la cultura neoliberal y las "sociedades de control"; los tipos de estrategia política y cultural que podrían ser necesarios para desafiar esta posición hegemónica; la relación entre las estrategias políticas que se centran en la política partidista convencional y las que no lo hacen; y la condición general de la política en el Reino Unido en la actualidad. Aunque se refiere en gran medida a un contexto político específicamente británico (y, más concretamente, inglés), al tratarse de cuestiones generales en torno a la teorización de la ideología, el neoliberalismo y la naturaleza de la estrategia política, tienen un alcance mucho más amplio.

Palabras clave: realismo capitalista, neoliberalismo, capitalismo, ideología, hegemonía, burocracia, estrategia política, democracia, activismo, anarquismo, individualismo neurótico.

Capitalist Realism and Neoliberal Hegemony: A Dialogue

Abstract: This is a dialogue conducted over email by Mark Fisher, author of the widely-read *Capitalist Realism: Is There No Alternative* and Jeremy Gilbert, editor of *New Formations*. The discussion touches on issues raised by Fisher's book, by some of Gilbert's work as a theorist and analyst, by some of the political commentary in which each has engaged at various times (online and in print), as well as by the recent prevalence of a certain identification with anarchist ideas and methods amongst activists and online commentators whose intellectual and political reference points are otherwise very close to those of the Fisher and Gilbert. It considers the concept of 'capitalist realism' as a way of understanding neoliberal ideology and hegemony; the role of bureaucracy in neoliberal culture and the 'societies of control'; the types of political and cultural strategy that might be required to challenge their hegemonic position; the relationship between political strategies which do and do not focus on conventional party politics; the general condition of politics in the UK today. Although largely concerned with a specifically British (and, arguably, English) political context, its consideration of abstract issues around the theorisation of ideology and neoliberalism and the nature of political strategy have far wider applicability.

Keywords: capitalist realism, neoliberalism, capitalism, ideology, hegemony, bureaucracy, political strategy, democracy, activism, anarchism, neurotic individualism

* Traducción del IECCS.

Jeremy Gilbert: Tu uso del término "realismo capitalista" parece referirse, en su forma más elemental, tanto a la convicción de que no hay alternativa al capitalismo como paradigma de organización social como a los mecanismos que se utilizan para difundir y reproducir esa convicción entre amplias capas de la población. En esa medida parecería ser tanto una "estructura de sentimiento", por decirlo en términos de Raymond Williams (o quizá un "régimen afectivo" en un registro ligeramente más contemporáneo), como, en un sentido bastante clásico, una ideología hegemónica, que opera como lo hacen todas las ideologías hegemónicas, tratando de borrar su propia historicidad y la contingencia de los acuerdos sociales que legitiman. ¿Es eso cierto? ¿Podrías corregir y/o ampliar esa explicación del término y hablar un poco más sobre su génesis y sus implicaciones específicas?

Mark Fisher: No creo que haya nada que corregir en tu descripción. Pienso, sin embargo, que podemos decir que el realismo capitalista ha borrado no sólo su propia historicidad y contingencia, sino también su propia existencia como constelación ideológica. Se podría decir que esta borradura es lo que define al realismo capitalista. El campo hegemónico que el realismo capitalista asegura e intensifica es aquel en el que la propia política ha quedado "desaparecida". Lo que el realismo capitalista consolida es la idea de que estamos en la era de la pospolítica: que los grandes conflictos ideológicos han terminado, y las cuestiones que persisten tienen que ver en gran medida con quién debe administrar el nuevo consenso. Por supuesto, no hay nada más ideológico que la idea de que hemos superado la ideología. En los últimos años ha quedado cada vez más claro, especialmente desde 2008, que la idea (esencialmente procedente de los años 90) de lo pospolítico y lo posideológico fue siempre una tapadera de la hegemonía neoliberal. El aumento del uso del término neoliberalismo desde el año 2000 es un síntoma del debilitamiento del poder del neoliberalismo. Cuanto más se le nombra, menos pueden sus doctrinas hacerse pasar por pospolíticas.

Sin embargo, la noción de lo pospolítico no es sólo una artimaña ideológica. La afiliación a los partidos políticos y a los sindicatos está realmente disminuyendo. Es un lugar común que los principales partidos políticos del Reino Unido y de Estados Unidos apenas se distinguen entre sí. Muy poca gente se identifica como "políticamente" comprometida. Teniendo en cuenta este contexto, hay algo engañoso en describir el realismo capitalista, como yo mismo suelo hacer, como la creencia de que el capitalismo es el único sistema económico político viable. El realismo capitalista podría percibirse mejor como un conjunto de comportamientos y afectos que surgen de esta "creencia". El dominio del capitalismo, la incapacidad de imaginarle una alternativa, constituyen ahora una especie de horizonte invisible. Pocos piensan explícitamente en el "capitalismo" como tal: la desaparición de alternativas, aunque sólo sean imaginarias, hace mucho más difícil aprehender el capitalismo como un sistema específico y contingente. El realismo capitalista, tal y como lo he entendido, implica esta profunda incorporación en el mundo -o en un conjunto de mundos- en el que el capitalismo queda totalmente naturalizado.

El realismo capitalista no aparece, pues, en primera instancia como una posición política. Surge, en cambio, como un ajuste pragmático: "así son las cosas ahora". Este sentido de resignación, de fatalismo, es crucial para el "realismo". Aquí podemos distinguir entre el neoliberalismo y el realismo capitalista. El realismo capitalista no es la aprobación directa de la doctrina neoliberal; es la idea de que, nos guste o no, el mundo se gobierna por las ideas neoliberales y que eso no va a cambiar. No tiene sentido luchar contra lo inevitable.

No es una casualidad que yo llegara a la idea del realismo capitalista mientras trabajaba en un colegio de educación superior en el apogeo del blairismo. El Nuevo

Laborismo fue ejemplo paradigmático de un partido anteriormente de izquierdas que capituló ante el realismo capitalista. Porque hay que reconocer que el realismo capitalista es una patología de la izquierda. Es la izquierda la que ha tenido que contarse a sí misma la historia de que no tiene sentido luchar por una alternativa al capitalismo. En otras palabras: el realismo capitalista es la izquierda que consiente la narrativa que la nueva derecha impulsó tan agresivamente en la década de 1980. Thatcher tenía razón al reivindicar a Blair como su mayor logro. El doloroso viaje de los laboristas desde la imposibilidad de ser elegidos en la década de 1980 hasta el gobierno en la década de 1990 terminó por demostrar el planteamiento de Thatcher de que no había alternativa. Cuando Thatcher hizo por primera vez ese comentario estaba diciendo que no había una alternativa *viable* al capitalismo neoliberal. En 1997, no había ya ninguna alternativa *imaginable*.

En el sector de la educación en el que trabajé, se podían ver las consecuencias prácticas y existenciales de todo esto. Los gestores aceptaban la inevitabilidad de que la educación se basara cada vez más en el modelo empresarial. Algunos directivos solían introducir nuevos procedimientos diciendo explícitamente que ellos mismos no creían que fueran una buena idea, pero ¿qué se podía hacer? Así es como se hacen las cosas ahora, y la opción más fácil para nosotros era seguir las instrucciones. No teníamos que creerlo, sólo teníamos que actuar como si lo creyéramos. La idea de que nuestras "creencias internas" importaban más que lo que profesábamos públicamente en el trabajo era crucial para el realismo capitalista. Podíamos tener convicciones de izquierda y una imagen de izquierda de nosotros mismos, ¡siempre y cuando no afectaran al trabajo de manera significativa! Esto era ideología en el viejo sentido althusseriano: se nos pedía que utilizáramos un determinado lenguaje y nos comprometiéramos con determinados comportamientos ritualizados, pero nada de esto importaba porque no creíamos "realmente" en nada de ello. Pero, por supuesto, el propio privilegio de los estados subjetivos "internos" sobre los públicos era en sí mismo un movimiento ideológico.

El realismo capitalista, por tanto, consiste esencialmente en la despolitización del trabajo y, más ampliamente, de la vida cotidiana. Ese es uno de los efectos más tristes del sometimiento de los sindicatos. En el trabajo, aprendemos a aceptar el empeoramiento de los salarios y de las condiciones bajo el "simplemente las cosas son así" en un mundo competitivo y globalizado. La "política" se convierte en algo que sólo hacemos en las urnas, si es que consideramos que vale la pena (y muchos de los que votan piensan que es un acto inútil e impotente) o, si somos más activistas, es algo que hacemos en protestas de diversa índole. En cualquier caso, el trabajo se desvincula de la política. (Uno de los beneficios de las ocupaciones que se produjeron en las instituciones educativas como parte del movimiento contra las tasas en el Reino Unido en 2010 fue que rehicieron el vínculo entre el trabajo y la política).

En resumen, creo que es mejor no ver el realismo capitalista como una posición política, sino como algo que excluye la participación y la identificación políticas. Por lo tanto, uno de los primeros y más eficaces pasos en la lucha contra el realismo capitalista será la invención de nuevas formas en las que la gente llegue a involucrarse en la política.

JG: ¿Cuál crees que es el papel del gerencialismo burocrático en el régimen neoliberal?

MF: El papel, a primera vista, extraño que desempeñó el gerencialismo burocrático en la cultura neoliberal fue fundamental para la formación de mi pensamiento sobre el realismo capitalista. Cada vez me parecía más evidente que estábamos viviendo una disonancia cognitiva. Habíamos interiorizado la idea de que eran la socialdemocracia, el socialismo y el estalinismo los que eran burocráticos, y que el neoliberalismo estaba en contra de

todo tipo de burocracia. Sin embargo, los trabajadores, especialmente los de los servicios públicos, nos encontramos con más burocracia que nunca. ¿Cómo podíamos dar sentido a esto? Lo primero que hay que decir es que la naturaleza de la burocracia ha cambiado. Se ha descentralizado. Ahora no es (sólo) algo a lo que estamos sometidos; es algo que debemos producir nosotros mismos de forma activa. En algunos aspectos nos encontramos en el peor de los escenarios, en el que los antiguos aparatos burocráticos estatales de arriba abajo se complementan con un régimen de autovigilancia. Todos estamos familiarizados con este régimen -el desarrollo profesional permanente, las revisiones de rendimiento, los libros de registro, por no hablar de toda la maquinaria del Marco de Excelencia en Investigación (REF)¹ -. También estamos familiarizados con la difusa atmósfera de ligero cinismo que envuelve a estas actividades. Cuando trabajaba en la educación terciaria, un director nos presentaba con alegría cada nueva iniciativa diciendo abiertamente que no creía que tuviera mucho valor, pero que debíamos hacerlo para facilitarnos la vida. Una vez le dijo a nuestro equipo que no éramos lo suficientemente críticos con nosotros mismos en una de nuestras revisiones de rendimiento, pero que no nos preocupáramos porque no pasaría nada por las críticas que hiciéramos. No sé qué era más desmoralizador en este caso: el hecho de que se nos exigiera denigrarnos a nosotros mismos como parte de nuestro trabajo, o que las críticas que hiciéramos fueran un ejercicio puramente vacío. Algunas de las consecuencias afectivas de este régimen de autovigilancia quedan ampliamente demostradas en este ejemplo: la ansiedad, acompañada de una sensación de falta de sentido de la actividad por la que se está preocupando. La palabra "kafkiano" está enormemente sobreutilizada, pero se ajusta perfectamente a esta situación existencial. Así, la burocracia se convierte en algo inmanente al tejido del trabajo en general, no en algo realizado por un tipo especial de trabajador. Esto también significa que lo que podríamos llamar tiempo burocrático ha cambiado. En consonancia con los análisis altamente premonitorios de Deleuze en su ensayo "Postdata sobre las sociedades de control", se pasa del tiempo puntuado de la evaluación periódica al tiempo más abierto de la evaluación continua. La inspección nunca termina. Como dice Deleuze, retomando un término de *El proceso* de Kafka: nos encontramos en una condición de aplazamiento indefinido. Nuestro estatus nunca se ratifica del todo; siempre está pendiente de revisión. La vaguedad jurídica de los criterios por los que se nos juzga intensifica la sensación de incertidumbre: ¿podemos estar seguros de haber interpretado correctamente las directrices?

Más que una eliminación de la burocracia, lo que hemos visto bajo el neoliberalismo es justo lo contrario: su proliferación loca y cancerígena. Lo que mide esta nueva burocracia no es la capacidad del trabajador para realizar su trabajo, sino, cada vez más, su capacidad para realizar las tareas burocráticas con eficacia. Esto tiene efectos perversos en el funcionamiento de las instituciones, lo que vimos demostrado con la "cultura de objetivos" del Nuevo Laborismo. Como es bien sabido, la imposición de objetivos condujo a una amplia manipulación del sistema, así como a un descuido de las áreas que quedaban fuera del ámbito de los objetivos. He llamado a esta situación "estalinismo de mercado". No se trata solo de una broma; lo que pone de relieve es hasta qué punto el

¹ El Marco de Excelencia en Investigación, dentro del cual los departamentos universitarios británicos se someten a un ciclo de evaluaciones periódicas de la calidad de su producción investigadora, que se producen a intervalos de aproximadamente 5-6 años, y cuyos resultados determinan en gran medida el nivel de financiación de la investigación que recibirán en los próximos años. Mientras que su predecesor, el "Ejercicio de Evaluación de la Investigación", fue concebido originalmente, en los últimos días del thatcherismo, sobre un modelo de "competencia abierta", las universidades de élite han presionado cada vez más al gobierno para que introduzca mecanismos destinados deliberadamente a sesgar la distribución de los fondos de investigación resultantes del ejercicio a su favor.

neoliberalismo depende de sistemas de control burocráticos autoritarios. Una vez más, el Nuevo Laborismo lo ejemplificó perfectamente. El partido repudió el estalinismo autoritario en el plano del contenido ideológico pero, en el plano de la forma, el laborismo se convirtió en una organización cada vez más autoritaria. El concepto de estalinismo de mercado también nos permite reconocer que el neoliberalismo nunca consistió en reducir el control gubernamental para liberar el mercado. Las dinámicas de mercado no aparecen espontáneamente en los servicios públicos, sino que tienen que ser construidas; y, como muestran los ejemplos que ya he dado, esto requiere, no ya un recorte de las agencias burocráticas, sino la producción de nuevas formas de burocracia. Para que las instituciones y los trabajadores puedan ser vistos como competidores entre sí, es necesario producir todo tipo de datos cuantitativos espurios. Esto significa que, en la educación y otros servicios públicos, no se trata de una "mercantilización" sino de una pseudomercantilización, de una *simulación* de la dinámica del mercado.

La pregunta que surge es esta: si la burocracia neoliberal es (por decirlo en sus propios términos "oficiales") "disfuncional", si no funciona para lograr sus objetivos declarados, entonces, ¿cuál es su verdadero propósito? Creo que hay varias respuestas a esto. La primera es que la burocracia estalinista de mercado tiene un efecto ideológico. Si, como decía Althusser, la ideología es un dispositivo esencialmente ritualizado, es decir, nos hace adoptar un determinado lenguaje, una serie de comportamientos, etc., entonces la burocracia neoliberal es la quintaesencia de la ideología. No sólo naturaliza y normaliza el lenguaje y las prácticas de las empresas, sino que hace que la ejecución ritualizada de esta naturalización sea una condición para que los trabajadores conserven sus puestos de trabajo. El segundo papel que desempeña la burocracia gerencial para el neoliberalismo es una función disciplinaria: somete y pacifica a los trabajadores. La ansiedad que la burocracia neoliberal produce tan a menudo no debe verse como un efecto secundario accidental de estas medidas; más bien, la ansiedad es en sí misma muy deseable desde la perspectiva del proyecto neoliberal. La erosión de la confianza, la sensación de estar solo, en competencia con otros: esto debilita la determinación del trabajador, socava su capacidad de solidaridad y desactiva toda posibilidad de militancia.

Así que me parece que una politización de la burocracia gerencial podría ser extremadamente fructífera desde el punto de vista de la lucha contra el neoliberalismo. Existe un descontento generalizado con el gerencialismo pero, a falta de un agente o de una lucha organizada que pueda concentrarlo, este descontento se quedará en una queja impotente. Este es justo el tipo de espacio al que me refería en mi primera respuesta, cuando hablaba de los tipos de lucha que podrían reconectar la política con el trabajo y la vida cotidiana. Por la razón que sea, los sindicatos no parecen haber captado todavía el potencial que hay aquí. Esto es una vergüenza catastrófica: la tendencia de la burocracia neoliberal es la individualización (con la amenaza de que, si los individuos se niegan a cooperar con determinadas iniciativas burocráticas, perderán su trabajo). Sólo puede ser contrarrestada por el tipo de acción colectiva que los sindicatos deberían ser capaces de organizar.

JG: Su punto de vista sobre el realismo capitalista que se legitima por la idea de que la conciencia interior es el único lugar verdadero del yo auténtico parece bastante crucial. Creo que una de las implicaciones de una filosofía de sesgo anti-individualista tiene que ser al menos un cierto escepticismo hacia la suposición, heredada de la tradición confesional, del Romanticismo y de la psicología profunda, de que la vida interior es el lugar privilegiado de la autenticidad. No es una observación nueva, lo sé, pero creo que tu argumento le brinda un nuevo tipo de urgencia crítica. Hace tiempo que está claro que el neoliberalismo nos ofrece un trato en el que aceptamos la falta de control colectivo

sobre nuestro entorno físico o social a cambio de un nivel muy alto de autonomía personal fuera de la esfera del trabajo: el correlato lógico de esto es aceptar un modo de subjetividad que, en última instancia, concede todo el valor y la intensidad a un dominio totalmente privado de consumo personal. Pero otro problema es que muchas formas contemporáneas de trabajo tienen que ver con la producción y reproducción de afectos y relaciones... así que, en cierta medida, tiene que haber una frontera cada vez más delimitada, una especie de *cordón sanitario* psíquico, entre este supuesto dominio de autenticidad interior y todo el resto de la vida social, afectiva, relacional y emocional del sujeto... Me pregunto si de lo que estamos hablando aquí es algo así como de la lógica edípica tal y como la describen Deleuze y Guattari (D&G), que es bastante diferente de la comprensión psicoanalítica clásica del Edipo como una simple función de toda civilización posible. Por supuesto, Žižek ha tratado de abordar un poco estas cuestiones en su interesante ensayo de hace unos años "¿Hacia dónde va el Edipo?", pero creo que sigue partiendo de una perspectiva que no capta del todo el punto de vista de D&G de que la experiencia del deseo como carencia, que depende en parte de la demarcación de la interioridad del sujeto (donde la carencia se experimenta como la verdad de nuestra experiencia) del resto de la existencia, es producida activamente por el capitalismo en lugar de simplemente recibir un significado particular por parte de éste. ¿Alguna reflexión al respecto?

MF: Este conjunto de cuestiones creo que representa una tensión importante en la cultura capitalista en este momento. Por un lado, como dices, es cada vez más difícil separar la vida del trabajo. En unas condiciones de empresariado obligatorio, en las que se nos exige continuamente que nos vendamos a nosotros mismos, es en cierto sentido casi imposible establecer ese *cordón sanitario* al que te refieres. No se trata sólo de que los deberes se extiendan más allá del lugar de trabajo -a través del correo electrónico y similares-, sino también de que es nuestra propia subjetividad la que está en venta. No basta con hacer nuestros trabajos, sino que tenemos que ser vistos queriendo hacerlos. Lo que hacemos en nuestro "tiempo libre" se convierte en un activo que podemos comercializar en el trabajo, mientras que las actividades que aparentemente van más allá del trabajo, como actualizar nuestros perfiles de Facebook, son trabajo en el sentido de que crean valor, pero no se nos remunera por esta creación de valor.

Visto desde otro ángulo, ese tipo de *cordón sanitario*, lejos de ser imposible de mantener, parece ahora una condición del trabajo. Es lo que caracteriza a la alienación en el sentido clásico. Consentimos en el trabajo porque el trabajo y "lo que realmente somos" tienen que permanecer separados. Vivimos en una nueva era de Edipo. Me parece que el relato básico de Deleuze y Guattari -que el capitalismo produce activamente un individualismo neurótico, que el Edipo es la cara reterritorializada de un capitalismo que es, en su otro polo, cada vez más abstracto, impersonal, "deshumanizado"- ha sido fuertemente confirmada por los recientes desarrollos políticos y culturales.

Desde aproximadamente el cambio de milenio, se ha producido un desplazamiento en la cultura hacia un individualismo neurótico. En las redes sociales, nos convertimos en ansiosos curadores de nuestras propias identidades. Con *realities* televisivos como Gran Hermano, concursos de talentos televisivos y programas de televisión basados en el mundo de los negocios como *The Apprentice* y *Dragon's Den*, se ha puesto un fuerte énfasis en que los individuos compitan entre sí y en la explotación de los aspectos afectivos y supuestamente "internos" de la vida de los participantes. Esta es otra dimensión del realismo capitalista. No es casualidad que la "realidad" se haya convertido en el modo de entretenimiento dominante en la última década. La "realidad" suele

consistir en individuos que luchan unos contra otros, en condiciones en las que la competencia se impone artificialmente y la colaboración se reprime activamente.

Ahora permíteme hacerte algunas preguntas.

MF: Es difícil no sentir cierta simpatía por la crítica anarquista a la política parlamentaria en estos momentos. ¿Cómo podemos contrarrestarla? ¿Qué razones hay para ser optimistas sobre los cambios que se podrían producir desde el parlamento?

JG: Bueno, en primer lugar, reconozcamos la validez de la primera parte de tu comentario inicial. Es difícil no sentir simpatía por una crítica muy reduccionista de la política parlamentaria -que la consideraría efectivamente inútil desde una perspectiva progresista, radical o democrática- porque la política representativa en Europa, Norteamérica, Australasia, e incluso en Sudáfrica, parece haber sido capaz de ofrecer muy poco más allá de diversos grados de acomodación a las demandas del neoliberalismo durante varias décadas, incluso a pesar de la impopularidad generalizada de ese programa en la mayoría de los casos. Ese es el hecho más inmediatamente visible sobre la relación entre la política representativa formal y cualquier conjunto de objetivos políticos -incluso mínimamente-igualitarios en los últimos años. Si pensamos que tiene algún sentido involucrarse en la política representativa -y creo que ambos lo pensamos-, entonces inicialmente nos corresponde responder a esa observación explicando por qué.

Lo primero que diría es que, al pensar en este tipo de cuestiones, siempre tenemos que mirar la historia real. ¿Qué es lo que se ha conseguido y lo que no se ha conseguido en el pasado, por los medios que sean, que pueda llevarnos a esperar ciertos resultados de determinados tipos de acción en el futuro? Sobre esta base, está muy claro que la historia de cualquier cosa que pudiéramos designar como política "anarquista" no ha aportado casi nada, o al menos nada por sí misma, en términos de lograr objetivos revolucionarios o reformistas de forma sostenida, a pesar de haber existido desde la década de 1860 como máximo. A pesar del tono habitualmente autocomplaciente de, por ejemplo, los autodenominados "anarquistas" en torno al movimiento *occupy* (que creo que ha sido muy importante, pero no porque haya conseguido realmente nada), cualquiera que quiera afirmar que tuvo algún éxito de este tipo tiene que remitirse a la existencia de unas pocas comunas españolas durante la guerra civil que consiguieron durar unos pocos meses cada una.

Por otro lado, el éxito al menos parcial del reformismo parlamentario es bastante palpable. Quiero decir, en términos muy crudos, que si nos remontamos a principios del siglo XX y observamos los lugares en los que el anarquismo y el comunismo revolucionario eran más fuertes -Europa del Este y del Sur- y luego observamos los países del Norte y del Oeste de Europa, entonces hay que decir en cierto modo que las formas de socialdemocracia que surgieron en este último contexto han demostrado ser, en última instancia, más eficaces para proteger a los trabajadores de la explotación que el anarquismo y el comunismo en el primero. Los salarios son más altos, las horas de trabajo son más cortas, la desigualdad es menor en los países con fuertes estados de bienestar que en los países que fueron repúblicas soviéticas o focos de anarquismo; así que todo lo que estoy diciendo aquí es muy válido para la gente que quiere relanzar también un renacimiento del "comunismo". Esto no quiere decir que la crítica anarquista y, de hecho, la crítica soviética tanto al Estado como a los modos tradicionales de organización de la izquierda carezcan de validez, pero es un punto que merece la pena tener en cuenta.

Y en términos de cómo contrarrestar un anarquismo ingenuo y ahistórico: para ser honesto, creo que lo más importante que podemos hacer es estudiar la historia reciente y el largo plazo de la política radical y animar a otros a hacer lo mismo. El peor problema

que aqueja a la cultura activista, al menos en el Reino Unido, es el hecho de que los jóvenes activistas políticos generalmente no saben casi nada sobre sus antecedentes inmediatos o sobre la historia política más amplia de instituciones como el Partido Laborista. La frase que se oye de estas personas es "la política de partidos nunca cambia nada", pero en el mejor de los casos esta afirmación se basa normalmente en la decepción con el gobierno de Blair (que, de hecho, promulgó una serie de reformas significativas como el salario mínimo, el cuidado infantil subvencionado, la mejora de los derechos de maternidad y paternidad, etc., que está muy claro que el tipo de neoliberalismo despiadado contra el bienestar que abrazan los conservadores nunca habría tolerado); en el peor de los casos es simplemente un artículo de fe no basado en evidencia alguna. Invariablemente, según mi experiencia, estos activistas no saben o no recuerdan nada sobre el pasado reciente del radicalismo extraparlamentario y lo poco que ha conseguido (o lo que ha conseguido cuando ha conseguido algo). Creo que la forma más eficaz de combatir este tipo de ignorancia sería empezar a intentar consolidar y dar a conocer la historia de la política radical en el Reino Unido y en otros lugares durante las últimas décadas. Esa sería la forma de combatir el tipo de anarquismo ingenuo -una manifestación de lo que he llamado antes "el imaginario activista"- al que creo que te refieres.

Dicho esto, creo que me gustaría diferenciar en alguna medida entre una crítica anarquista muy vulgar de la democracia parlamentaria -que piensa que simplemente hay que oponerse y/o ignorarla *in toto*- y el tipo de crítica que podríamos asociar más con la tradición marxista, e incluso lo que podríamos llamar el ala izquierda de la socialdemocracia (y estoy seguro de que muchos anarquistas autoproclamados también apoyarían este punto de vista más complejo).

Este último punto de vista tendería a enfatizar la necesidad de utilizar los mecanismos e instituciones del Estado existente tanto para lograr reformas sociales inmediatas como para crear y potenciar nuevas formas de poder colectivo sin caer en lo que he llamado antes (estoy seguro de que no fui el primero) "la fantasía fabiana": la creencia de que el gobierno es simplemente un instrumento neutral que puede ser utilizado por cualquier grupo político para implementar cualquier agenda. Tengo que decir que creo que este mito es tan peligroso como la creencia anarquista de que se pueden simplemente ignorar o destruir esas instituciones. No puedes simplemente ignorarlas o destruirlas, pero tampoco puedes simplemente ocuparlas sin intentar transformarlas y, en última instancia, suplantarlas y esperar conseguir fines progresistas, salvo los de muy corto plazo. En mi experiencia, la mayoría de los diputados laboristas parecen estar completamente engañados en este punto. Puede que reconozcan que el Nuevo Laborismo fue capturado por el neoliberalismo, pero creen que esto ocurrió básicamente porque Tony Blair fue convencido por Andrew Adonis de que el neoliberalismo era una buena idea, o porque Gordon Brown no tuvo las agallas de enfrentarse a Murdoch. No tienen ni idea de que puede haber verdaderos impedimentos estructurales para utilizar las instituciones existentes del Estado británico para hacer otra cosa que implementar los intereses del capital financiero. Realmente creen que todo lo que tienen que hacer para perseguir una agenda diferente es alcanzar un cargo ministerial y mantener las buenas intenciones y así, de alguna manera, podrán administrar la justicia social desde Whitehall. En el mejor de los casos tienden a pensar que hay que "involucrar" a más gente en política, pero esto se traduce básicamente en asistir a las reuniones locales de los partidos y participar en campañas locales en torno a temas poco relevantes, en lugar de hacer cualquier reforma sustancial de los propios procedimientos e instituciones democráticas. De hecho, creo que, en gran medida, la popularidad de un anarquismo simplista entre los activistas relacionados con proyectos como Occupy es, en gran medida, un reflejo de este tipo de parlamentarismo idiota, que es reproducido de forma muy acrítica no por los propios

parlamentarios, sino por toda la profesión de periodistas políticos y comentaristas profesionales. En realidad, vale la pena subrayar aquí que he hablado con varios diputados muy brillantes que no sostienen este punto de vista ingenuo, pero creo que he conocido a menos periodistas profesionales en los últimos años que no lo hagan.

No hago este análisis sobre la base de una posición teórica, sino simplemente sobre la base pertinente de una consideración objetiva de la historia. ¿Cómo se han alcanzado en el pasado los objetivos políticos que redistribuyen efectivamente la riqueza y el poder? Si nos fijamos en algo como el Servicio Nacional de Salud, este no fue construido por anarquistas y revolucionarios, pero tampoco surgió sólo porque algunos mandarines y ministros bienintencionados decidieran que sería una buena idea (que es lo que se le ha enseñado al típico graduado bienintencionado de PPE² de Oxford, y en lo que creo sinceramente). Se trató sólo de un conjunto de factores que incluía un movimiento laboral muy bien organizado -incluyendo tanto los sindicatos como el ala socialista democrática del partido laborista liderada por Nye Bevan- y un cierto tipo de tendencia modernizadora tecnocrática dentro del Partido Laborista parlamentario, incluso secciones de la Administración Pública, lo que hizo posible unas reformas tan duraderamente significativas.

Así que mi respuesta breve a tu pregunta es que la historia sugiere que la política radical y democrática no llegará a ninguna parte si no se compromete con la política partidista dominante. Desde un punto de vista más teórico podríamos decir que si aceptamos la proposición básica gramsciana (y de ninguna manera sólo gramsciana) de que el cambio político sólo puede producirse realmente mediante coaliciones sociales de amplia base, entonces está bastante claro que ahora mismo, en un país como el Reino Unido, las únicas organizaciones con algo parecido a los recursos necesarios para empezar a hacer posible tal cosa son los sindicatos y el Partido Laborista, por lo que sigue siendo cierto que no se puede ganar ningún objetivo progresista serio sin ganar la discusión dentro del Partido Laborista.

Sin embargo, habiendo dicho todo esto, se puede igualmente decir que otra condición de posibilidad para el progreso político en estas circunstancias es que las direcciones de dichas organizaciones acepten sus propias capacidades limitadas y la necesidad de construir nuevos centros de poder colectivo y democrático. Esto es en lo que creo que debería constituir la demanda principal de la izquierda en relación con, por ejemplo, la dirección laborista en el Reino Unido: no es necesario que tengan un programa para aplicar una reforma social radical hasta que existan condiciones políticas que puedan hacer realmente viable un proyecto genuinamente progresista, pero al menos deben tener un programa destinado a intentar que tales reformas sean políticamente posibles en el futuro. Creo que muchas de las críticas de la izquierda al Nuevo Laborismo fueron muy confusas en este punto: muchas de ellas se enmarcaron en términos que parecían implicar que, después de 18 años de thatcherismo, la demolición de los sindicatos, la completa toma de control de los medios de comunicación por parte de las empresas privadas, el vaciamiento de los gobiernos locales, etc., habría sido posible simplemente retomar el proyecto socialdemócrata de la posguerra, o alguna versión actualizada y más libertaria del mismo. Eso nunca habría sido viable. Pero un gobierno laborista que llegara al poder en esas circunstancias *podría* haber aplicado un programa destinado a invertir cada una de esas tendencias: reconstruir el gobierno local, patrocinar el desarrollo de un sector de medios de comunicación alternativos, revigorizar los sindicatos. Sin embargo, no hicieron nada de esto, y por eso deberían ser criticados, repetida e implacablemente. Para responder a tu segunda pregunta, no hay esperanza de que el cambio llegue sólo a través

² PPE son las siglas de Philosophy, Politics and Economics.

del parlamento, como tampoco hay esperanza de que llegue a través de mecanismos que no impliquen al parlamento en absoluto. Los radicales deberían comprometerse con la política parlamentaria precisamente para tratar de garantizar que no se pierdan tiempo y oportunidades persiguiendo cualquiera de estas opciones estériles, así como para tratar de garantizar que, por muy inútil que sea el próximo gobierno laborista, se pueda presionar para que tome las medidas que realmente podría tomar para transformar una situación estratégica más amplia.

MF: Sí, hay un juego de manos en muchas líneas de razonamiento anarquistas. La izquierda reformista y socialdemócrata es juzgada por lo que ha hecho realmente, mientras que el anarquismo es juzgado por lo que haría en una sociedad ideal. Al plantear las cosas de esta manera, se oscurece lo que la izquierda parlamentaria realmente logró, mientras que nos distrae de los escasos logros del anarquismo. Hay un fatalismo anarquista que es la otra cara del realismo capitalista. Según esta lógica, tanto el parlamento como los medios de comunicación dominantes son irremediabilmente corruptos y deberíamos desvincularnos totalmente de ellos. Esto se ve reforzado por la apelación a las redes y a las nuevas tecnologías, que supuestamente hacen que los medios de comunicación dominantes y el Estado sean irrelevantes. Creo que estos argumentos deben ser rechazados de plano. El primer problema es que esta visión de la política y de los medios de comunicación no rompe con la posición hegemónica actualmente dominante, sino que se hace eco de ella. Franco Berardi dijo de Berlusconi que es “el payaso que se burla del lugar del poder mientras lo ocupa”. Algo parecido podríamos decir de Boris Johnson. Johnson se beneficia de la atmósfera de cinismo que se ha instalado en la política. Su atractivo personal deriva en gran parte de su aparente distancia de la seriedad de la política partidista. Sin embargo, esta distancia no impide que Johnson ocupe una posición de poder. Esto me lleva a mi segundo problema con el desprecio por la política y los medios de comunicación dominantes. Algunos elementos de la izquierda parecen creer seriamente lo que dicen sobre la irrelevancia del Estado. La derecha neoliberal ha sido mucho más pragmática. Puede que haya hecho una propaganda implacable contra el Estado, pero también se ha asegurado de controlarlo. (Por supuesto, en la práctica el neoliberalismo sólo se opuso a ciertas funciones del Estado, como la seguridad social, el gasto en servicios públicos, etc.) La cuestión es que si nos retiramos del Estado y de los medios de comunicación, esto no significa que el Estado y los medios de comunicación dejen de tener poder. Sólo significa que dejaremos de tener influencia sobre la forma que adopta el poder. El problema es que estas críticas esencializan tanto los medios de comunicación como la política de partidos. Tenemos que recordar que ninguno de estos espacios es fijo para siempre; que son terrenos moldeados por las luchas. El fatalismo anarquista sostiene que un Partido Laborista de izquierdas es imposible, lo que contrasta con la ambición y el espíritu de superación de los neoliberales que se hicieron cargo del Partido Laborista. ¡Si sólo hubieran sido fatalistas!

Todo esto pretende hacerse eco de tu punto de vista. No es que sólo cuente la actividad dentro de los medios de comunicación o la política de los partidos. Al contrario, estos terrenos sólo cambiarán cuando se les presione desde fuera. Pero esa presión debe ejercerse; y producir redes "radicales" que consideren que su función es pasar por encima de los medios de comunicación, y el parlamento sólo permitirá a la derecha mantener el control del llamado centro. Uno de los principales problemas del Nuevo Laborismo fue que nunca pasó de la primera fase de un proyecto de conquista de poder hegemónico. Ganó el poder, pero luego -después de introducir las medidas que has mencionado, como el salario mínimo, las guarderías subvencionadas, etc., que no son en absoluto insignificantes- se atascó en una rueda de Sísifo, en la que el único objetivo era su

reelección. A Blair le gusta reprender a los "viejos laboristas" por estar anclados en el pasado, pero en realidad nunca se movió más allá de 1996, con el poder lo suficientemente cerca como para ser tocado, pero con la extrema precaución necesaria para asegurar que se ganara. El contraste con el gobierno de Thatcher, o incluso con la actual coalición, es tan sorprendente como doloroso. Thatcher consiguió cambiar la definición del centro, pero, tras más de una década de gobierno del Nuevo Laborismo, el centro permaneció más o menos donde Thatcher lo había dejado. Este fracaso en la redefinición del centro significó que, cuando llegó la coalición, pudo arrastrar inmediatamente todo a la derecha.

Así que permíteme hacerte otra pregunta.

MF: ¿Qué estrategias podemos seguir para romper la hegemonía neoliberal?

JG: Estratégicamente, cualquier tipo de intervención hegemónica o contrahegemónica tiene que ver siempre con la coordinación de intereses. La forma exacta de esa coordinación depende de las circunstancias. Dado que es poco probable que la antigua forma del partido político altamente uniforme y relativamente monolítico -el "príncipe moderno" de Gramsci- vuelva a ser eficaz en un futuro próximo, creo que es necesario seguir pensando en cómo los elementos muy divergentes de un conjunto que podría desafiar la hegemonía neoliberal podrían trabajar juntos, o al menos hacia objetivos que se apoyen mutuamente. En el contexto de una cultura muy diversa y fragmentada, no podemos esperar que ninguna organización o liderazgo haga todo el trabajo necesario o incluso la mayor parte. Por otra parte, dada la despolitización general de la cultura a la que te has referido, es difícil imaginar que esto ocurra en absoluto sin que haya una alternativa viable y la voluntad de trabajar por ella proveniente de un sector visible de la clase política. Por decirlo crudamente, sin un grado de simpatía explícita por una posición populista antineoliberal expresada en las direcciones políticas de la izquierda mayoritaria, no es probable que lleguemos muy lejos. Al mismo tiempo, considero que el punto principal de tu primera pregunta es que es importante que los izquierdistas reconozcan que, a menos que ellos mismos formen grupos a los que los políticos de la izquierda mayoritaria puedan buscar apoyo en la búsqueda de dicho proyecto, esos políticos nunca van a tener el valor de expresar esa simpatía.

Por decirlo en términos más sustantivos, yo diría que cualquier estrategia exitosa contra el neoliberalismo tendrá que poseer varias características clave. En primer lugar, tiene que oponerse -filosófica, estética y políticamente- a la ideología individualista competitiva que constituye el núcleo del neoliberalismo y sus presupuestos básicos (lo que Macpherson denominó "la teoría política del individualismo posesivo"). En segundo lugar, tiene que evitar la trampa de hacerlo simplemente invocando un comunitarismo conservador, ya sea de carácter nacionalista, localista o religioso. Este es el terrible error que están cometiendo los actuales dirigentes laboristas en el Reino Unido: tratar de responder al neoliberalismo con un llamamiento explícitamente conservador a la "fe, la bandera y la familia" (en palabras del gurú del *Blue Labour* Maurice Glasman), concibiendo estas entidades como las que hay que defender de las depredaciones del capitalismo neoliberal y que sólo el Estado -o una "comunidad" completamente indefinida- puede proteger.

El problema con este enfoque no es sólo que es detestable; es que tampoco funcionará. Promete algo que sencillamente no puede cumplirse: una vuelta a un pasado pre-neoliberal no especificado. Y, sobre todo, comete el catastrófico error de adoptar una actitud puramente negativa ante los principales vectores del cambio social actual. Cualquier estrategia exitosa contra el neoliberalismo seguramente tiene que intentar encontrar formas de conectar con aquellos aspectos y elementos de dicho cambio que

puedan articularse a un proyecto democrático: por ejemplo, la popularidad de las redes sociales seguramente podría canalizarse en algo más potente que la generación de datos susceptibles de mercantilizar en el mercado. Pero para que esto ocurra, sería necesario que los líderes políticos se interesaran realmente por el proyecto general de radicalización de la democracia, creando nuevos tipos de instituciones democráticas más participativas y responsables que las instituciones parlamentarias (como está ocurriendo hoy en día en América Latina), y esto requeriría que aceptaran que las instituciones heredadas del gobierno parlamentario son, en última instancia, de utilidad limitada en el siglo XXI. Se trata de un enorme abismo que hay que cruzar y, al menos en este país, me temo que todavía no estamos ni cerca de ello; pero dado lo evidente que es esta verdad para el resto de la población, puede ser sorprendentemente fácil convencer a unos cuantos diputados y líderes sindicales emprendedores para que adopten esta línea. Tal vez. Aunque probablemente no.

MF: Sí. Parte del problema de la posición del *Blue Labour* es que no supone ruptura alguna con el campo hegemónico actual tal y como se presenta. La "comunidad" se plantea a menudo como la alternativa al neoliberalismo, pero en realidad ha funcionado como parte del mismo imaginario político, aquel en el que se nos ofrece una alternativa entre individuos radicalmente aislados y comunidades homogéneas y estables. Esta falsa oposición es la que instaló el thatcherismo. El *Blue Labour* no desafía el racismo que el thatcherismo exigía como complemento de la economía neoliberal, sino que lo incrusta aún más. En realidad, el neoliberalismo existente siempre ha dependido de un compromiso con el tradicionalismo. La fe, la bandera y la familia, después de todo, son valores que Thatcher apoyaba plenamente. El éxito de Reagan y Thatcher, de hecho, fue en gran medida consecuencia de su capacidad para cuadrar el círculo, y lograr una especie de coalición arco iris de la derecha, que pudiera reunir a los liberales económicos con la derecha religiosa. Hemos hablado mucho de los problemas de la izquierda, pero vale la pena recordar que la derecha parlamentaria tiene una crisis propia muy grave. Vean la catastrófica campaña de los republicanos en las últimas elecciones estadounidenses y el muy tibio apoyo que David Cameron logró obtener en un momento de profunda impopularidad para los laboristas. El aprieto en el que se encuentra Cameron -intentar "modernizar" un partido cuyo núcleo de apoyo es reaccionario- muestra que la vieja fórmula thatcheriana de economía neoliberal más conservadurismo social y populismo autoritario ya no funcionará. Son los avances que la izquierda ha realizado durante el periodo de dominación neoliberal -la incorporación a la corriente principal de programas antisexistas, antirracistas y antihomófobos- los que han contribuido a la crisis de la derecha.

JG: Buena observación.

MF: El *Blue Labour* es cínico y fatalista; cree que el racismo es inevitable, especialmente entre la clase trabajadora, y toda su estrategia está orientada a apelar a ese racismo, mientras lo disfraza de "comunidad". ¡Por algo el *nacional* socialismo tiene mala fama! Y hay un cosmopolitismo popular que no tiene prácticamente nadie en el parlamento que hable en su favor. El año pasado vimos cómo se celebraba este cosmopolitismo en la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos y en las propias Olimpiadas. Cuando los conservadores empezaron a quejarse del "multiculturalismo de izquierdas", no sólo quedaron como racistas, sino también fuera de onda. La apelación a la comunidad casi siempre tiene una dimensión antimoderna, además de abiertamente racista. La izquierda

tiene que defender un modelo de colectividad que no dependa de una noción de comunidad retrógrada e insular.

JG: Estoy totalmente de acuerdo. Sin embargo, habiendo dicho todo esto sobre lo que debería ocurrir a nivel de liderazgo político, creo que también es necesario pensar en lo que tendría que ocurrir a nivel "molecular" (como dirían Deleuze y Guattari, pero también Gramsci -que utiliza la palabra "molecular" varias veces en los *Cuadernos de la Cárcel*, para significar prácticamente lo mismo que D&G). Para que un desafío político al neoliberalismo sea realmente viable, necesitaríamos ver algún ascenso cultural significativo de un sentimiento radicalmente democrático, libertario y anti-individualista. Me temo que es muy difícil ver alguna señal de esto ahora mismo, incluso en la forma más bien banal de algo como la "cultura rave" de nuestra juventud. Cuanto más viejo me hago, cuanto más tiempo convivo con el neoliberalismo y los retos que plantea, sobre todo ahora que intento formar una familia, más convencido estoy de que no podemos llegar a ninguna parte sin un resurgimiento de algo que se parezca en muchos aspectos a la contracultura de los años sesenta y setenta, (e incluyo en esta categoría a las vertientes más atrevidas del movimiento feminista, a pesar de que ellas mismas reaccionaban contra la misoginia implícita de sectores de la Nueva Izquierda y de la cultura del Rock en los años sesenta). A menos que haya un verdadero movimiento que intente poner en cuestión -desde una perspectiva igualitaria, libertaria y anti individualista- las formas sociales básicas del hogar, la escuela, etc., y los presupuestos estéticos centrales de la cultura capitalista liberal (por ejemplo, la obsesión con el individuo, lo privado y lo competitivo, que es la base de la cultura de la celebridad, del dominio de la televisión por los formatos de "realidad" y de la deprimente centralidad de los columnistas y los periodistas de opinión incluso en la producción de los medios de comunicación de nivel medio), es difícil imaginar que algo más ambicioso que reformas políticas tímidas sea viable. Esto no es algo sobre lo que podamos planificar, legislar o incluso elaborar estrategias. Pero al menos podríamos intentar llegar a una situación en la que los líderes del movimiento obrero no sean tan incapaces de conectar con la energía radical de dicho movimiento una vez que surja -o incluso amenace con surgir- como lo fueron en todos los momentos de oportunidad anteriores, desde finales de la década de 1960, cuando Jim Callaghan rechazó la "sociedad permisiva", hasta la década de 1990, cuando el movimiento no tenía ni idea de qué hacer con las circunscripciones que habían sido radicalizadas por las *raves* y el movimiento *Reclaim the Streets*.

¿Qué podría hacer posible todo esto? Bueno, en el aspecto cultural y "molecular", creo que es imposible responder. Lo sabremos cuando ocurra, espero. En parte, el trabajo de los teóricos de la cultura como nosotros es seguir buscando esas posibilidades y tratar de persuadir a los sectores clave de la clase política para que no se aterroricen ante ellas si empiezan a surgir. Creo que un tipo de intervención muy interesante sería hacer algún esfuerzo por recuperar la forma de festival -que durante décadas fue la forma cultural clave de la contracultura y sus legatarios- del estado totalmente desinfectado y corporativo en el que se encuentra ahora (hubo un interesante debate sobre esto en la página web de *Open Democracy* el año pasado): quizá necesitemos algo así como un *Burning Man* británico. Quizá el propio *Burning Man* sea parte del problema, dada su ética general de antipolítica. No estoy seguro.

En el lado "molar" del liderazgo político creo que hay cosas buenas que se pueden hacer muy deliberadamente. En Gran Bretaña, la organización *Compass* está haciendo un gran trabajo al intentar reunir a personas de un espectro de opinión que va desde los Verdes radicales hasta los miembros de la corriente principal del Partido Laborista e incluso los demócratas liberales de la tradición "social liberal". En términos tácticos

concretos, ese trabajo debe incluir probablemente algunos esfuerzos deliberados para pensar en el reclutamiento y la formación de futuros líderes políticos, porque uno de los problemas a los que nos enfrentamos de forma muy aguda en la actualidad son las consecuencias del estrechamiento y la hiperprofesionalización de la base de jóvenes activistas del Partido Laborista a finales de los años 80. A partir de ese momento, durante mucho tiempo, convertirse en un diputado laborista no era una perspectiva atractiva para cualquiera que no fuera un despiadado arribista o un friki de la política (y este último tipo tiende a no tener un verdadero instinto afectivo para cambiar los estados de ánimo populares y sus potencialidades políticas, incluso si pueden tener un compromiso muy sincero con alguna noción abstracta de justicia social). Es posible que esto ya haya cambiado, pero tendríamos que asegurarnos de que así sea antes de tener alguna perspectiva real de que cristalice una alternativa política eficaz al neoliberalismo en el Reino Unido. No estoy seguro de cómo se trasladarían estas observaciones a otros contextos nacionales, pero estoy seguro de que hay paralelismos, así como diferencias significativas, con lo que está sucediendo en muchos otros países.